



ARKHAM
HORROR™



LA IRA
DE N'KAI

JOSH REYNOLDS

minotauro

ARKHAM HORROR™

La IRA
de N'KAI

JOSH REYNOLDS

minotauro

Título: *La ira de N'kai*

Copyright © 2021 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales
de Asmodee Group y / o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2020 por Aconyte Books
Título original: *The Wrath of N'Kai*
Ilustración de la cubierta: Daniel Strange

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2021 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

© Traducción: Laura Vázquez

Edición revisada por: Eduard Roca

ISBN: 978-84-450-0802-7

Depósito legal: 13.934-2021

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

Arkham

La lluvia salpicaba el cristal. Alessandra Zorzi inspiró con suavidad, sintiendo el sabor del cigarrillo en la parte posterior de su garganta mientras su compañero de mesa seguía hablando sobre algo relacionado con los seguros. Su voz, acompañada del rítmico repiqueteo del tren, era peligrosamente relajante.

Exhaló una columna de humo.

—Fascinante —murmuró. Apagó el cigarrillo en su plato y la ceniza ensució los restos de una nefasta salsa holandesa—. Pero, si me disculpa, estamos llegando a mi parada.

Él no había acabado la frase y una expresión de sorpresa —sin una pizca de consternación— se dibujó en su cara redonda. No era feo, aunque tenía un toque demasiado americano para su gusto, con el cabello rapado del color del trigo y los ojos de un verde tan descolorido como el de los billetes de dólar. Pese a que no llevaba el traje colgado de una percha, parecía limpio y cepillado. Dejó su café y sonrió con languidez.

—Por supuesto. Lo siento, he debido de hablar tanto que se le van a caer las orejas de escucharme.

Alessandra se tiró del lóbulos.

—No se preocupe, parece que siguen bien sujetas, señor...

—Whitlock. Abner Whitlock.

—Por supuesto —se volvió para abandonar el vagón restaurante y él tosió.

—Creo que no he oído su nombre —dijo, esperanzado.

Ella fingió no haberlo oído. Puede que fuera algo brusca, pero Abner Whitlock no era el tipo de hombre en el que merecía la pena malgastar un seudónimo. La experiencia le decía que esos hombres eran escasos y poco comunes. Por suerte, no la llamó ni trató de detenerla. A veces los hombres no aceptaban un no por respuesta, lo que a menudo provocaba situaciones incómodas. Y esa era una de las razones por las que tenía un British Bulldog cargado en su bolso de mano.

La lluvia golpeaba el techo del vagón mientras caminaba hacia el coche dormitorio. La había acompañado desde que salió de Nueva York, lo que significaba un comienzo poco favorable para aquellos que creen en los presagios. Alessandra no lo hacía y, en cualquier caso, le gustaba la lluvia. Le recordaba a su hogar, al ardiente Adriático y al suave balanceo de una góndola a su paso por los estrechos canales.

Por supuesto, aquellos recuerdos le hicieron darse cuenta de que hacía años que no volvía a casa. Había estado lejos de *la Serenissima* muchos más años de los que había vivido allí, pero aquel lugar estaba clavado en su mente. Los canales y puentes eran una parte esencial de su mapa mental. Allá donde fuera, hiciese lo que hiciese, siempre estaba allí.

Aún estaba pensando en Venecia cuando entró en su compartimento. Era pequeño, pero lo más importante, era privado. Por eso, cuando vio aquella cara pálida y salvaje que la miraba, reaccionó por instinto. Apuntó con el revólver momentos antes de que su bolso de mano tocara el suelo. Tardó unos segundos en comprender que se trataba de su propio reflejo en la ventana del compartimento, distorsionado por las luces del pasillo.

Entró apartando el bolsito de una patada y cerró la puerta. Apoyada contra ella, contuvo el repentino subidón de adrenalina. Si el botones hubiera pasado por allí, o peor, uno de los pasajeros, habría tenido que dar explicaciones.

—Una leoncita afortunada —murmuró. Era el apelativo cariñoso favorito de su abuelo, y lo recordaba pese a que la mayoría de sus lecciones habían quedado en el olvido.

Puso el seguro a su arma y la tiró en la cama. Con dedos temblorosos, agarró su bolso de mano y el paquete de cigarrillos. Estaba decora-

do con imágenes de placeres exóticos, pero había algo en la forma en la que los bailarines se dedicaban miradas lascivas que le desagradaba de una forma vaga e inexplicable. Sacó un cigarrillo y lo introdujo entre sus labios, sin importar que se doblase ligeramente. Luego lo encendió y abrió la ventana, llevada por la repentina necesidad de sentir el viento en su cara. No era como la brisa marina, pero serviría.

El aire húmedo le arrebató el humo de la boquilla, y parpadeó para apartar algunas gotas de lluvia descarriadas. Las nubes parecían un charco de tinta y el sol permanecía escondido. Fumó el cigarrillo hasta el filtro y lo lanzó entre las gotas de lluvia para luego cerrar los ojos y conservar la última calada en sus pulmones durante unos segundos antes de liberarla lentamente.

Alguien llamó a la puerta. Ya había recuperado su revólver y estaba apuntando con ella cuando se dio cuenta de que probablemente se trataría del asistente, que había venido a avisarla de que la siguiente parada era Arkham. Bajó el arma.

—¿Sí?

Oyó una respuesta amortiguada y dudó.

—Gracias —dijo, pecando de cautelosa. Oyó el suelo crujir al paso de alguien que cruzaba el pasillo y se relajó un poco. Volvió a meter el revólver en su bolso de mano; quería perderlo de vista y no pensar más en él.

Tenía los nervios a flor de piel desde lo de Marrakech. Habían estado cerca de atraparla, mucho más cerca de lo que le hubiera gustado. El riesgo era uno de los gajes de su oficio, pero tener a las autoridades francesas aporreando la puerta de su habitación del hotel a las tres de la mañana era jugársela demasiado hasta para ella. Suponía que el estimado conde d'Erlette aún estaría disgustado por la pérdida de sus libros.

Para cuando habían echado abajo la puerta, ella ya había salido por la ventana. No era la primera vez que lo hacía, y tampoco sería la última. La vida de una ladrona de guante blanco no era apta para los cobardes o los débiles. Había aprendido a una edad temprana que había que sobrevivir a las circunstancias, no controlarlas. No se puede planear todo, aunque te puedes volver loco fácilmente intentándolo.

Empezó el laborioso proceso de hacer las maletas. Eran un mero decorado, no había nada en ellas que lamentara perder; de hecho, no sería la primera vez que abandonaba un vestuario durante su trayectoria profesional. Las prendas solo eran objetos y estos podían ser reemplazados,

a menudo por cosas aún mejores si el estado de tu cuenta bancaria lo permitía.

Ahora mismo, la suya estaba en peor estado del que le gustaría admitir en público. Llevaba una vida llena de lujos, por eso había aceptado la oferta de su último cliente. El robo de algunas piezas valiosas de la exposición de un museo era dinero fácil para ella. Únicamente le llevaría algo de tiempo y a ella le sobraba, por aquel entonces.

Había peores maneras de vivir. Al fin y al cabo, podría estar casada. Y, aunque sabía disfrutar de una buena fiesta, no podía imaginarse peor infierno que encontrarse la misma cara cada mañana al otro lado de la mesa.

Sus hermanas habían elegido el matrimonio. Siempre habían sido personas honorables, con ese gran apego a la generosidad que traía consigo la estabilidad. En días como aquel, no podía negar que tuvieran razón. Cuando fuera hora de jubilarse, quizá tendría que encontrar a su propia momia senil milanesa a la que enamorar para luego casarse y acostarse con ella y a la que, finalmente, enterrar. Quizá no en ese orden.

Por supuesto, si el honorable conde la alcanzaba, probablemente no viviría todo aquello. Los aristócratas franceses tenían una memoria angustiosamente buena, y d'Erlette no era una excepción. Por eso había decidido marcharse a Estados Unidos de uno a tres años, el tiempo suficiente para que su imagen dejase de circular por las cafeterías y los zocos que solía frecuentar. Además, se suponía que América era la tierra de las oportunidades y no había nada que le gustara más a Alessandra Zorzi que una buena oportunidad.

El tren comenzó a ralentizar la marcha. Dejó su equipaje a los botones y se abrigó con un chaquetón y un sombrero. Se tomó unos segundos para estudiar su figura en el espejo de la habitación: alta y sombría, de rasgos afilados, con un sombrero *cloche*, un vestido de tubo corto y unos pendientes que colgaban como fucsias. Su chal de pelo tenía ya un año, pero dudaba que alguien en Arkham, Massachusetts, fuera capaz de reconocerlo. Alcanzó su bolso y le dio una palmadita afectuosa.

Oyó otro golpe en la puerta, pero esta vez no cedió al impulso de agarrar su arma.

—Voy —dijo, dibujando una sonrisa en su cara.

Saludó con la cabeza al asistente al tiempo que le dejaba una propina en las manos con discreción. Él le devolvió la sonrisa y se tocó el sombrero. No tenía tantos ahorros como para andar repartiendo dinero a diestro y siniestro, pero sí consideraba un gasto necesario las propinas para los botones, los bedeles y las criadas; pues muchas veces les impedían recordarla con claridad cuando la policía venía a hacerles preguntas incómodas.

La estación se vislumbraba a través de las ventanas del vagón. Bañada por una luz húmeda y anaranjada, era particularmente sosa: un castillo derruido que parecía sacado de otra época y que acechaba sobre el oscuro y sinuoso Miskatonic. A esta estampa se unían dos grandes torres de piedra que vigilaban las vías paralelas. Alessandra podía imaginarse calderos de aceite hirviendo volcándose sobre los parapetos durante un ataque de hordas bárbaras invasoras provenientes de Boston, Providence y Kingsport.

El tren tembló y se deslizó hasta detenerse. Alessandra hizo cola con los demás pasajeros y se detuvo en la puerta únicamente para ajustar su chal; a pesar de la lluvia, hacía calor para ser otoño. Luego, se unió al resto de viajeros que esperaban por su maleta. Dudaba que Zamacona hubiese enviado a alguien a buscarla. Por lo poco que sabía de su nuevo cliente, él también era desconocido por allí.

No sabía nada de él en absoluto. Ni siquiera sabía cómo había conseguido contactar con ella, pues ninguno de sus contactos de confianza admitía haber divulgado su nombre. En su sector, el boca oreja era mucho más eficaz que una tarjeta de visita, pero los antiguos clientes eran lo suficientemente listos como para pedir permiso antes de permitir a alguien nuevo unirse al grupo.

El nombre era inusual. «Asturiano —pensó—, o quizá gallego.» De todas formas, dudaba de que fuera el verdadero. Sus clientes siempre utilizaban seudónimos, salvo que fueran especialmente tontos o todo les diese igual. Sinceramente, mientras pagase bien, podía llamarse como quisiera.

La policía ferroviaria merodeaba por la plataforma intentando, por todos los medios, no parecer agentes encubiertos. Se puso tensa, al observar al más cercano por el rabillo del ojo. Se había visto obligada a huir a través de una estación de tren más de una vez: si estaban allí por

ella, estaba decidida a ponérselo difícil. Pero ninguno de ellos se percató de su presencia.

—Me alegra encontrarla aquí.

Se volvió para toparse con la sonrisa cordial de Abner Whitlock. Llevaba el impermeable sobre el brazo, el sombrero en la mano y, a sus pies, descansaba una pesada bolsa de viaje.

—Quería preguntárselo antes... Por casualidad no estará en la ciudad para ver la exposición, ¿no?

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó, poniéndose alerta de pronto.

—Nada en especial. Es la razón que me ha traído aquí. Mi compañía es la aseguradora de la muestra. —Sonrió—. Suena interesante, al menos. Imagínese: ¡una momia americana! ¿A quién se le habrá ocurrido? —hizo una pausa—. Por cierto, perdóneme otra vez.

—¿Por qué?

—Por aburrirle hasta la saciedad durante el desayuno. Fue descortés por mi parte monopolizar de esa forma la conversación. Ni siquiera le he preguntado su nombre.

—No, no lo ha hecho.

La miró expectante con una amplia sonrisa que la invitaba a hablar. Supuso que Whitlock era un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería, pero no podía adivinar qué era aquello. Había algo amenazador en él, pero no podía reconocerlo a simple vista. Viéndolo allí plantado, sonriente, tuvo el breve impulso de clavarle el revólver en el ombligo y apretar el gatillo hasta oír el clic. Pero, en lugar de eso, sonrió coquetamente y le dio la espalda.

Lo oyó refunfuñar en voz baja. No con obscenidades, ni siquiera pronunció palabra alguna. Fue más bien como el quejido sorprendido de un perro, como si hubiese hecho algo completamente inesperado. Cuando miró atrás, ya había desaparecido entre la multitud de pasajeros. Sintió una súbita sensación de alivio: los hombres como Abner Whitlock solo daban problemas.

Distinguió al botones de la estación rondando entre la multitud. Cuando él la vio de pie junto a la pila de maletas, cojeó hacia ella con una sonrisa amplia y amable.

—¿Necesita ayuda con su equipaje, señora?

—Le estaría muy agradecida —dijo Alessandra, forzando su acento—. Como puede ver, esto es más de lo que me cabe en el bolso.

El botones rio cortésmente y asintió con la cabeza.

—Creo que eso tiene solución, señora. Déjeme agarrar un carrito y la ayudaremos. ¿Espera a alguien?

Ella dudó. La pregunta podía ser inofensiva, pero también podía no serlo.

—Necesitaré un medio de transporte, si fuera posible.

—Otra cosa con la que estaremos encantados de ayudarla.

Volvió rápidamente por donde había venido y regresó poco después empujando un carrito con ruedas chirriantes. A pesar de la cojera, se movía deprisa y pudo cargar su equipaje sin dificultad.

—Gracias... —empezó ella.

—Washington, señora, Bill Washington. Y está todo incluido en el servicio de la estación del Barrio Norte. Yo... —hizo una pausa y se volvió con una sonrisa dubitativa. Ella también lo hizo, pero no vio nada más que la lluvia cayendo sobre el borde del andén.

—¿Qué pasa?

El botones devolvió la sonrisa a su rostro.

—Absolutamente nada, señora. Pensaba que había oído algo, eso es todo. Si le soy sincero, en esta vieja estación tenemos un problema con las ratas.

Empujó su equipaje hasta el exterior de la estación, donde un puñado de taxis esperaban junto a la acera. Bill se detuvo como si buscara uno en particular. Sonrió y empezó a caminar hacia uno aparcado un poco más lejos que los demás.

Cuando llegó, golpeó su techo.

—Despierta, Pepper. Tienes un cliente.

Se oyó un grito ahogado, como si alguien se hubiese asustado. Entonces una figura desgarbada salió del coche.

—No estaba durmiendo —dijo el taxista.

—Claro que no, Pepper —respondió Bill—. Esta señorita necesita un taxi. El tuyo.

El taxista, Pepper, sacó pecho y se puso en guardia frente al botones, mucho más alto que él. Era joven, «mucho más de lo que intenta aparentar», pensó Alessandra. Sus rasgos eran delgados y añiados: no te

nía ni rastro de barba y tanto su nariz como sus mejillas estaban salpicadas de pecas. Llevaba una maltrecha boina y ropa holgada.

—Solo yo decido quién se sube a mi taxi, Washington.

Bill sostuvo una sonrisa incómoda.

—Me estás avergonzando, Pepper.

—Vaya, nadie querría eso —respondió Pepper. Miró a Alessandra y le tendió la mano. Ella la estrechó con cautela—. Pepper Kelly, encantado de conocerla.

—Curioso nombre. Soy Alessandra, Alessandra Zorzi.

Pepper silbó.

—¿Quiere hablar de nombres raros? Creo que me gana por goleada, señorita —hizo una pausa—. Tiene un acento extraño.

—Le pido disculpas. —Alessandra sonrió. Prefería la rudeza sincera a la falsa afabilidad.

Él se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos.

—No pasa nada, era una mera observación.

Algo en la forma como dijo aquello hizo que los instintos de Alessandra se crispasen. Sus ojos se desviaron hacia la línea de su mandíbula y al conjunto de su cara, a la manera en la que hablaba y se movía e incluso a su apretón de manos; como si fueran las piezas de un puzle.

A Alessandra siempre se le habían dado bien los puzles. Es lo que la convertía en una buena ladrona: a diferencia del de los asaltantes o los rateros, su trabajo requería de un ingenio que poca gente poseía en exceso. Miró a Bill y vio cómo este apretaba la mandíbula.

Antes de que pudiera hablar, dijo:

—¿Sabe? En París, los taxistas les abren la puerta a sus pasajeros.

El conductor la miró.

—No estamos en París.

—No. Era una mera observación.

Reflexionó sobre ello un momento y luego rio y abrió el maletero del taxi.

—Tiene toda la razón, señorita. Dese prisa, o se empaparé. Yo ayudaré al viejo Bill con sus maletas.